

# POPULISMO, ACCIÓN POLÍTICA Y EMOCIONES. LÍNEAS DE INTERSECCIÓN

Populism, political action, and emotions. Converging lines \*

PAOLO COSSARINI  
*Loughborough University*  
*p.cossarini@lboro.ac.uk*

Fecha de recepción: 24/07/2018  
Fecha de aceptación: 02/09/2018

*Anales de la Cátedra Francisco Suárez*  
ISSN: 0008-7750, núm. 53 (2019), 79-95  
<http://dx.doi.org/10.30827/ACFS.v53i0.7803>

**RESUMEN** Esta investigación pregunta qué rol desempeña la dimensión emocional en el populismo. Adoptando una perspectiva multidisciplinar que une a los estudios contemporáneos sobre populismo con la literatura sobre movimientos sociales y el "giro afectivo", este trabajo avanza la hipótesis de que para arrojar luz sobre este fenómeno hay que tomarse en serio las concretas manifestaciones emocionales propias de la vida política. Esta perspectiva abre horizontes interesantes para el debate sobre el valor normativo del populismo y su relación con la democracia liberal. Dependiendo de la declinación de los vectores emocionales, este nexo se inclina hacia un equilibrio positivo, donde discursos y prácticas populistas pueden corregir o fortalecer la democracia, o, por el contrario, hacia una relación negativa, y el populismo puede alterar los equilibrios democráticos y, en última instancia, desembocar en formas autoritarias.

**Palabras clave:** Populismo, emociones, acción política, identidad, injusticia.

**ABSTRACT** This paper focuses on the role of emotions in populism. Drawing on a multidisciplinary perspective that links contemporary studies on populism with the recent scholarship on social movements and the "affective turn" in social sciences, this piece of research stresses concrete emotional manifestations as essential factors that the scholarship has to take into account in order to shed light on the populist phenomenon. This perspective opens up interesting horizons for the debate on the normative value of populism and its relationship with liberal democracy. It is argued that depending on the specific configuration of emotional vectors, this nexus might tend towards a positive equilibrium, one in which populist discourses and practices can be a corrective to democratic weaknesses, or on the contrary, towards a negative relationship, and therefore populism can dismantle democratic equilibrium and, ultimately, lead to authoritarian forms of politics.

**Key words:** Populism, emotions, political action, identity, injustice.

---

\* Para citar/citation: Cossarini, P. (2019). Populismo, acción política y emociones. Líneas de intersección. *Anales de la Cátedra Francisco Suárez* 53, pp. 79-95.

## 1. POPULISMO ENTRE ÉXITO Y SATURACIÓN

El reciente éxito del término “populismo” se debe en buena medida a su uso para describir todos aquellos fenómenos y aquellas fuerzas políticas —de derecha y de izquierda— que representarían una amenaza para el orden constituido. Sobre todo en la prensa europea y norteamericana, pero también en el debate académico, el populismo se utiliza a menudo para designar el peligro que dichas fuerzas políticas encarnarían para la democracia, el liberalismo, el pluralismo o incluso los derechos humanos. En este contexto, “populismo” ha llegado a entrar en el vocabulario cotidiano y son numerosos los ejemplos en los que las declaraciones de políticos y los titulares de prensa alimentan un uso indiscriminado del término (Katsambekis, 2016). Al mismo tiempo, cabe también señalar que desde otra perspectiva se ha subrayado el carácter democratizador del populismo. Se sostiene, de hecho, que una política populista podría corregir los excesos de la gobernanza tecnocrática y neoliberal que ha caracterizado el escenario europeo —si no mundial— en lo últimos años (e.g. de la Torre, 2014; Stavrakakis *et al.*, 2016).

En las últimas décadas, el fenómeno del populismo se ha abordado desde diferentes perspectivas científicas y se ha analizado principalmente en términos de actores políticos, de retórica y de discursos y por supuesto, en términos de consecuencias para los sistemas democráticos (Rooduijn 2014). El debate académico, por lo tanto, ha ido concibiendo el populismo, entre otras cosas, como una ideología, como un discurso, un estilo propio de movimientos y partidos políticos, como un esquema cognitivo, o una dimensión de la cultura política (e.g. Laclau, 2005; Moffitt, 2016; Stavrakakis y Katsambekis, 2014; Mudde, 2004; Mudde y Kaltwasser, 2017).

En todo caso, debido a su éxito el concepto de populismo se ha convertido en los últimos años en un *passepartout* para la crítica política. Omnipresente en el debate político, el término populismo parece saturar las sociedades democráticas. Es indicativo en este sentido que en 2016, el número de búsquedas de la palabra “populismo” documentadas en Google se haya multiplicado por cinco en comparación con el promedio de los años 2012-2015 (Guiso *et al.*, 2017). Y sin embargo, cuando los conceptos políticos se hacen más populares, resultan ser testigos de una paradoja: el éxito semántico va de la mano de una pérdida de claridad conceptual y heurística. Cuanto más frecuente se hace su uso, menos preciso resulta ser su significado. Eso coincide, además, desde un punto de vista analítico, con la falta de coherencia y continuidad de las diferentes formas de populismo, tanto en términos de discurso, como de programas políticos (Stavrakakis *et al.*, 2016, p. 4). Tanto es así que, desde los principios de los estu-

dios sobre populismo en la década de los sesenta, casi todas las publicaciones sobre populismo se refieren a su elusividad conceptual. Elusividad que hace del populismo un “animal político escurridizo” (Fieschi, 2004, p. 237) que, a pesar de su naturaleza controvertida, concentra la atención de las ciencias sociales.

Con lo cual cabe preguntarse —como hace buena parte de la literatura— qué se debe entender por populismo y cuáles son las consecuencias ético-políticas para nuestros sistemas democráticos. En esta línea, también es necesario interrogarse sobre los instrumentos analíticos para abordar este fenómeno multifacético, así como sobre el mismo uso del concepto “populismo” en el discurso público y académico. La hipótesis que aquí se quiere defender, independientemente del enfoque analítico que se adopte para definir el populismo, es que para tratar de contestar a estas preguntas y arrojar luz sobre este fenómeno hay que centrarse en la dimensión emocional que caracteriza la esfera política.

Ahora bien, de una manera u otra, a lo largo de las diferentes fases de su estudio, muchas interpretaciones del populismo señalan también el factor afectivo propio de este fenómeno. Apuntando al liderazgo carismático, al discurso simplista, o a la postura anti-élite, las varias definiciones de populismo también trazan una línea de conexión con la dimensión emocional propia de la vida política y, al hacerlo, atribuyen al populismo una primacía en la apelación emocional que no caracterizaría la supuesta deliberación racional de la política democrática (Cossarini y Alonso, 2015).

De hecho, ya no parece novedosa la asociación que se hace del discurso populista con un carácter supuestamente emocional de hacer política. Es más, con algunos fenómenos recientes, esta identificación entre populismo y carácter emocional de la política se ha transmitido al discurso público. La victoria de Donald Trump en las presidenciales de Estados Unidos en 2016, el Brexit, el éxito de la extrema derecha así como el surgimiento de populismo de izquierda en diferentes países europeos son solo algunos de los ejemplos que a menudo se vinculan con una preeminencia del elemento “pasional” de la vida política. A pesar de las diferencias entre estos fenómenos, todos pueden analizarse como indicio del descontento popular creciente hacia los representantes políticos y en gran medida hacia la globalización. Tras todos ellos, además, residiría un discurso de carácter fuertemente emocional donde subyace la idea del pueblo como el depositario de las virtudes sociales de justicia y moralidad (González Calleja, 2002). Asimismo, tras todos ellos residiría un concepto de lo político que respondería a la percepción de que los procedimientos y las instituciones democráticas ya no responden a las exigencias de su sujeto político, el pueblo.

Pues bien, para ir más allá de esta simplificación es necesario preguntarse sobre la conexión entre dimensión emocional y el fenómeno del populismo. Con lo cual, preguntarse qué rol juegan las emociones en el populismo, y si hay una especificidad de la política populista en la conexión con la dimensión afectiva no resulta ser irrelevante, sino todo lo contrario. En este trabajo, que se mueve en una línea propiamente teórico-epistemológica, se trazan los vínculos de esta relación. Inscribiéndose en la línea que ve el populismo principalmente como un discurso, este trabajo lo quiere relacionar con la estructura mental mediante la cual los individuos y los grupos representan el mundo político. Con ello, se da cuenta de la lógica populista y su nexos con el horizonte emocional, en lo que son sus dos ejes principales: la idea de “pueblo” y la división de la sociedad en dos bloques contrapuestos.

Además, tener en cuenta el horizonte emocional en el análisis del populismo también tiene consecuencias normativas. Por un lado, desde un punto de vista descriptivo es necesario subrayar el vínculo que existe entre las dinámicas afectivas, la acción política y el fenómeno del populismo; por el otro, desde un punto de vista normativo —es decir el debate sobre el carácter positivo o negativo del populismo para la democracia— la hipótesis es que el horizonte emocional juega un rol importante en la naturaleza de este vínculo, populismo-instituciones y procesos democráticos. Dependiendo de la declinación de los vectores emocionales, este nexos se inclina hacia un equilibrio positivo, donde discursos y prácticas populistas pueden corregir o fortalecer la democracia, o por el contrario, hacia una relación negativa, y el populismo puede perturbar los equilibrios democráticos, alterando de los cimientos de este régimen político y, en última instancia, desembocar en formas autoritarias (Finchelstein, 2017).

Con todo, en este ensayo nos centraremos en primer lugar (2) en la relación entre política, populismo y emociones, para luego (3), a través de la aportación de diferente literatura científica, desarrollar un análisis de la lógica de algunos vectores emocionales y su labor en los ejes conceptuales y discursivos del populismo. Por último, (4) concluiremos con una valoración normativa sobre el uso del concepto de populismo en el debate público y la relación entre este fenómeno y la democracia liberal.

## 2. POLÍTICA, POPULISMO Y EMOCIONES

A pesar de que a lo largo de los últimos años se haya prestado mucha más atención a los aspectos ideológicos del populismo, a su dimensión discursiva y retórica, a sus formas, y a la organización de los partidos

populistas, la dimensión afectiva no es nueva en los estudios del populismo, aunque a menudo se haya tratado de manera implícita. De hecho, ya desde Minogue (1969, p. 197) —para quién “comprender el movimiento (populista) es descubrir los sentimientos que conmueven a las personas”— se estableció una conexión directa entre populismo y apelación emocional. Además, en la literatura científica más reciente no es raro encontrar perspectivas que argumentan que el populismo “sin duda se basa más en aportes emocionales que en consideraciones racionales” (Tarchi, 2016, p. 12).

Si es cierto que hoy por hoy los fundamentos emotivos del populismo no pueden ser ignorados, sin embargo cabe recordar que a lo largo de la segunda mitad del siglo xx la dimensión emocional no ha tenido cabida en el paradigma dominante del estudio de los asuntos político. La ciencia política europea y norteamericana, de hecho, se ha ido centrando en factores más empíricos —ya sean elecciones y comportamiento electoral, opinión pública, toma de decisiones, etcétera— y las emociones no han sido consideradas como un elemento a tener en cuenta de manera rigurosa. El presupuesto filosófico de este enfoque es el ideal occidental de la razón opuesto a la pasión y la presunta racionalidad tanto del mundo político como de su estudio. Unos de los efectos normativos de esta impostación onto-epistemológica es que, en pocas palabras, se pensaba (y en parte se sigue pensando) que la democracia se fundamenta esencialmente en la racionalidad humana y no en su dimensión pasional. Ahora bien, sin pretensión de exhaustividad en sintetizar este debate epistemológico, se puede afirmar que los excesos del enfoque racionalista determinaron la ausencia de las emociones en la investigación política y por ende, en el análisis del populismo.

En las últimas décadas del siglo pasado, se produjo un “giro afectivo” (e.g. Turner y Stets, 2005; Clough y Halley, 2007) que, denunciando los límites del paradigma positivista, fue abriendo horizontes interpretativos en los que las dinámicas emocionales individuales y colectivas encontraron cabida. Esta línea de análisis e investigación, perteneciente al más amplio “giro cultural”, ha alcanzado todas las principales disciplinas en las humanidades y las ciencias sociales, por lo que ya no es posible desestimar la naturaleza afectiva de los asuntos políticos (Thompson y Hoggett, 2012). Desde la psicología y sociología, se ha venido afirmado también el vínculo entre la dimensión afectiva, la acción social y la estructura social (Barbalet, 1998), apuntando de esta manera a las “estructuras de sentimientos” como aquellas experiencias específicas de las relaciones de la vida e instituciones políticas. Es más, la vuelta de las emociones al análisis político se ha descrito como un retorno de lo reprimido (Goodwin *et al.*, 2000). Huelga decir, a pesar de ello, que no se trata de otorgar a las emociones una primacía en

los asuntos políticos, sino poner de manifiesto su relación con la racionalidad humana, así como su lugar en los estudios sociales, y en especial modo los que centran en el populismo.

Ahora bien, en el seno de las diferentes disciplinas sociales no existe unanimidad y consenso en la conceptualización y la operacionalización de las emociones, por lo que una única definición de la dimensión afectiva —y su relación con el ámbito político— no resulta disponible en la literatura, tanto es así que términos tales como emoción, pasión, afecto, sentimiento, etcétera se utilizan de manera intercambiable (e.g. Turner y Stets, 2005, p. 2). Además, diferentes perspectivas psicológicas han ido conceptualizando el origen, lugar y funciones de las emociones en el más amplio ideario del ser humano y su relación con el mundo exterior. Por un lado las emociones se han ido asociando a funciones básicas —de alguna manera viscerales— de cada individuo, por el otro se han vinculado a una perspectiva evolutiva, por la que no solamente éstas tendrían un rol cognitivo-evaluativo esencial, sino que también desempeñarían una función identitaria clave en la formación de las colectividades (Izard, 1991). Con todo, existe un cierto consenso en asumir que las emociones no son un mero producto bio-psicológico innato, sino que se forjan en la interacción social y resultan constituidas por dinámicas psico-sociológicas y culturales (Thoits, 1989, p. 319; Rosenwein, 2001, p. 231). Además, cabe destacar que desde diferentes perspectivas se subraya el hecho de que existen específicas emociones políticas; emociones que jugarían un papel crucial en la formación de la realidad política (Koziak, 2000). Con lo cual, la labor de conceptualización y análisis de las emociones resultaría un pasaje necesario para el estudio de la “emotividad” del populismo.

En efecto, lo que aquí nos interesa subrayar es el alcance de esta perspectiva y del nexo política-emociones para el análisis de las diferentes formas y expresiones de populismo. Como ha apuntado Demertzis (2013), en el análisis del populismo la dimensión emocional se ha basado en el uso de categorías y términos generales, de tal manera que emociones o sentimientos concretos están ocultos debajo de afirmaciones generales tales y como “pasión”, “afecto” y “sentimiento populista” (e.g. Mudde y Kaltvasser, 2017, pp. 27, 35-6). Por ejemplo, se ha argumentado que el “descontento” de los agricultores y la clase media baja causado por la modernización económica, así como la “antipatía” que sentían hacia las elites del poder (Taggart, 2000, p. 43) contribuyeron a la aparición del populismo norteamericano y latinoamericano. Además, se dice que la “frustración” causada por las políticas neoliberales fomenta el sentimiento populista en Europa (Mudde y Kaltvasser, 2017, pp. 38, 40, 102). Otro ejemplo es la noción del “estado de ánimo populista” presentado por Canovan (1999) como un ingrediente

fundamental de los movimientos populistas. La autora inglesa argumenta que la política populista no puede sino basarse en las “emociones intensificadas” por líderes carismáticos, que transmiten “entusiasmo” y espontaneidad. Esto es así no solo para los casos históricos de populismo reaccionario (nazismo, bonapartismo, etcétera), sino también para los que ella define populismos “sanos” que surgen en las democracias occidentales y apuntan a la “reactivación redentora” de la política, más allá del estilo de gobierno posdemocrático, centrado en lo administrativo. Pero aparte de esta visión general, Canovan no elabora el supuesto “estado de ánimo” populista. Y sin embargo, “descontento”, “alienación”, “frustración”, e “antipatía” son categorías afectivas generales que pueden abarcar una amplia gama de emociones específicas, como, por ejemplo, la indignación, el odio, la ira, la envidia, la nostalgia, el miedo, etcétera.

Ahora bien, en el amplio abanico de las emociones, cabe detenerse en la lógica propia de algún vector afectivo en concreto que ha centrado el interés del debate académico y que, además, resulta particularmente sugerente para la comprensión de determinados fenómenos contemporáneos, tal y como mencionado anteriormente. Con ello, además, es necesario subrayar el vínculo de las dinámicas emocionales, la acción política, y el fenómeno del populismo. La naturaleza de este vínculo —esta es la hipótesis— determina también el carácter más o menos positivo de la relación entre populismo e instituciones y procesos democráticos.

### 3. LA LABOR DE LAS EMOCIONES: IDENTIDAD Y ACCIÓN

Independientemente de la perspectiva analítica que se adopte, dos son los elementos recurrentes en todas las definiciones de populismo: la idea de “pueblo” y la división antagónica de la sociedad en dos bloques contrapuestos. Si volvemos ahora a la pregunta originaria ¿por qué es necesario detenerse en las dinámicas emocionales y qué rol juegan en el populismo?, cabe señalar que la labor del horizonte afectivo consistiría precisamente en moldear estos dos ejes del populismo: la idea de “pueblo” y la división antagónica de la sociedad.

Para dar cuenta de este proceso, la literatura sobre movimientos sociales es particularmente fructífera, en la medida en la que ha venido señalando la función movilizadora de las emociones. Como ha subrayado Gamson (1992), el proceso de movilización y acción colectiva, así como el de creación de discursos políticos, se produciría a través de un preciso esquema según el cual individuos y grupos se movilizarían para superar alguna forma de injusticia, ya sea solo percibida o efectivamente real. Aquí

se prestará especial atención a tres ideas centrales relacionadas con esto: la injusticia, la identidad y la acción política. Como se pondrá de relieve, estos factores también arrojan luz sobre el populismo y su relación con la democracia.

Que las emociones contribuyan a la formación de la identidad y que ésta sea un componente esencial de la acción colectiva, no es idea nueva. En este sentido, la construcción o reproducción de identidades es uno de los procesos a través del cual los individuos dan sentido a sus experiencias y al ámbito político. Como ocurre con muchos otros fenómenos políticos, también el populismo (entendido como discurso, como estilo o como concreta oferta política) implica la formación de identidades individuales y colectivas. Las identidades colectivas se basan, entre otras cosas, en valores, actitudes, visiones del mundo, rituales y actuaciones compartidas. Estos factores establecen un proceso de confianza en las conexiones entre personas y grupos, de manera que la identidad puede ser tanto una condición previa como un resultado de la acción política.

En ambos casos, el proceso de construcción identitaria genera un “nosotros” que proporciona el sentido de cohesión y solidaridad, así como la identificación de los “otros”, que es la colectividad en oposición a la cual se constituye una identidad (Melucci, 1996). Lo mismo ocurre con la lógica de equivalencia, definida por Laclau y Mouffe (1985, p. 130), según la cual la complejidad de las diferencias de clase social se simplifica en dos campos antagónicos con el significante “pueblo” como el punto nodal que organiza discursivamente el espacio populista. Mucha energía emocional estaría involucrada en este proceso, y un nivel mínimo de empatía moral, entre otras emociones, sería el paso necesario en la demarcación de “nosotros” y “ellos”, del “pueblo” y de la “élite”. He de subrayar, además, el rol de los actores políticos en la formación de las identidades colectivas y en la división en grupos antagónicos. Los “malos modales” que Moffitt (2016, p. 55) identifica como esencia estilística de los políticos populista, en este sentido, responden a la lógica performativa del populismo que activa y acrecienta las dinámicas emocionales propias de la división dicotómica en bloques sociales contrapuestos, así como la subsiguiente lucha discursiva por la creación de horizontes de significación política. Las emociones individuales y colectivas —a la vez como elementos preexistentes en el cuerpo social, y como productos de la acción política— pertenecerían por lo tanto al proceso de construcción identitaria.

Ahora bien ¿cuáles son los procesos de demarcación de las identidades colectivas? ¿A través de qué dinámicas se constituyen las identidades y cómo se vinculan con el populismo? A menudo, las movilizaciones, así como la creación de un discurso populista, ocurren cuando se experimenta una

sensación de injusticia. En este sentido, la literatura sobre los movimientos sociales ha apuntado al hecho de que la convicción colectiva de que las condiciones existentes son injustas determina el surgimiento de una identidad que puede llevar a la acción política (Gamson, 1992, pp. 7, 31-32). Como consecuencias de un acto dañino —la experiencia de injusticia—, se pueden generar además otras emociones (humillación, victimismo, etcétera) esenciales para la constitución de los cimientos identitarios. En este sentido, la razón por la que las personas se movilizan sería para superar alguna forma de injusticia. Los eventos de injusticia social, por lo tanto, pueden causar indignación, conmociones morales y una ira difusa, y así llevar a los ciudadanos a la acción.

Las respuestas emocionales a una situación percibida como injusta pueden llevar a los individuos y grupos a movilizarse: de las emociones a la acción. Aunque todo tipo de fenómeno político (movimientos sociales, partidos políticos, etcétera) lleva consigo al mismo tiempo un elemento emocional y un elemento estratégico, lo que es cierto es que las dinámicas emocionales, al contribuir a la identidad colectiva, desempeñan un papel central también en la acción política. De manera especial, las respuestas afectivas a una situación percibida como injusta pueden llevar a los individuos y grupos a movilizaciones y a acercarse a un discurso político más antagonista. De manera similar a la ideología y los intereses, la dimensión afectiva de los individuos mueve a las personas a involucrarse políticamente. Percibidas como el “lado sensible” de los preceptos éticos, las emociones pueden realizar un vínculo importante entre los principios morales y la acción política. Es más, al contestar el statu quo, los movimientos y partidos populistas a menudo reinterpretan aspectos específicos de la realidad política a través de un reencuadre de la realidad que no solo es normativo, sino emocional y cognitivo.

Ahora bien, dentro del amplio abanico de las emociones, la ira ha recibido particular atención por parte de la literatura científica. Ésta se concibe como una respuesta inmediata y espontánea a un daño injustificado y se conceptualiza como una reacción afectiva activa a una situación problemática de jerarquía social, o como producto de un acto de humillación. En este contexto, aunque históricamente se ha desalentado la expresión colectiva de la ira debido a su estrecha asociación con irracionalidad, agresión o exceso de violencia, estudios recientes sobre movimientos sociales han demostrado que la ira motiva y alimenta la actividad y las luchas colectivas por la justicia (Goodwin *et al.*, 2000; Jasper, 2011). Como Gamson (1992) señaló hace mucho tiempo, la injusticia y las desigualdades pueden causar efectos desmovilizadores en los ciudadanos, como el cinismo y la resignación. De manera similar, la injusticia social y política

también puede causar indignación moral, enojo, así como esperanza, que son cruciales para la movilización. En este sentido, se ha enfatizado que la capacidad de responder con cólera es crucial para un sentido de justicia (Solomon, 1993, p. 242). Se ha afirmado que el valor político de la ira, en esta línea, radica en su capacidad para comunicar que se ha cometido una injusticia y, a través de esta ira, cuestionar la legitimidad del poder (Cossarini, 2014; Lyman, 2004, p. 133).

Por lo tanto, la ira a menudo conduce a la movilización. Ben-Ze'ev (2000, p. 386) afirma que “como otras emociones, la ira es funcional cuando está en la proporción correcta, por ejemplo, cuando se expresa de una manera socialmente constructiva”. En un contexto similar, Martha Nussbaum pregunta: “¿Qué sentimientos morales serán particularmente importantes en una sociedad político-liberal, basada en ideas de capacidad y funcionamiento? [...] Con frecuencia he sugerido que la ira y la indignación serán sentimientos centrales porque reaccionan a daño o daño” (Nussbaum, 2004, p. 345). Por lo tanto, si la ira es algo que individuos y grupos sienten cuando experimentan alguna forma de injusticia, tanto canalizar como comprender el sentimiento de ira puede ofrecer una idea de la naturaleza de la injusticia. Si la ira motiva la acción política, entonces su estudio puede ofrecer nuevas ideas sobre el carácter de las luchas políticas.

Además de los factores estructurales, se ha afirmado que la ira —y emociones similares tales como indignación y cólera— es un fuerte predictor de actitudes populistas y apoyo a los partidos populistas (Magni, 2017; Davou y Demertzis, 2013). Asimismo, la ira ha sido definida como una “emoción de poder” (Schieman, 2006) en el sentido de que ayuda a la movilización y la resistencia contra la privación de recursos por parte de instancias político-económicas. En la ira política, entonces, los agentes pueden ubicar la responsabilidad en un agente externo y culpar a otros por las situaciones injustas o precarias a las que se enfrentan. Es en este contexto que se argumenta que, “los ciudadanos enojados parecen ser más receptivos al discurso populista” (Rico *et al.*, 2017, p. 12). Frustrados con los actores políticos e institucionales tradicionales, se espera que los ciudadanos políticamente impotentes se acerquen a posiciones antagónicas, que salen del espectro de los partidos convencionales. En su análisis del populismo español actual, Rico *et al.* (2017) afirman que es la ira más que el miedo lo que favorece las actitudes populistas tanto a derecha como a izquierda. En este contexto, las élites económicas, políticas e intelectuales y sus representantes, así como los inmigrantes y los refugiados serían los sujetos a los que se le atribuye la culpa de los males contemporáneos, es decir, los colectivos que darían sentido al significativo vacío “ellos” en la dicotomía populista entre bloques sociales contrapuestos.

¿Hacia dónde conduce esta expresión de la ira? ¿Qué otras dinámicas emocionales operan en la construcción del imaginario político de muchos discursos populistas? Entre las diferentes instancias que desempeñan un rol importante en este proceso, la literatura se ha detenido recientemente en el valor del horizonte emocional de la nostalgia. Aunque se haya investigado de manera sistemática solo recientemente, la nostalgia ha sido definida como un importante impulsor del populismo (Kenny, 2017), que caracterizaría diferentes tipos de ideologías y discursos políticos. En este sentido, al definir el populismo como una ideología reaccionaria antiliberal, Betz y Johnson (2004) sostienen que el populismo de derecha refleja un profundo sentimiento de nostalgia por los viejos tiempos, vinculado de manera especial con el nacionalismo. Otro ejemplo en este cuadro conceptual es la llamada “Ostalgie”, la declinación alemana del concepto de nostalgia que anhela el período comunista y la forma de vivir en la RDA. De manera similar Minogue (1969, p. 206) quién habló de la nostalgia como un elemento integral de la “ideología real del populismo”. Por lo tanto, en el nivel macro político, la nostalgia desdibuja un horizonte de tipo mitológico que se evoca a menudo en la política populista y nacionalista, es decir el mito de la edad de oro, como el mito de la unidad —unidad del pueblo, de la nación (Girardet, 1997).

Entendida en estos términos, la nostalgia se relaciona en primera instancia con actitudes conservadoras —sino claramente reaccionarias— y con una perspectiva populista de derecha. Ésta sería una “nostalgia restauradora”, un horizonte sentimental de tipo excluyente que anhela normas del pasado (Robinson, 2016; Kenny, 2017, p. 263). Y sin embargo, como ha apuntado Kenny (2017), la nostalgia no es una emoción inherentemente negativa asociada únicamente a posiciones conservadoras. Ésta puede asociarse también con el populismo de izquierda, con la política *antiestablishment* que plantea fuertes objeciones a las élites liberales y las fuerzas posdemocráticos y tecnocrática. En este contexto, lo que se ha definido “nostalgia radical” y “reflexiva” (Boym, 2002) puede vincularse con un horizonte político progresista y de izquierda. La nostalgia radical no reclama el pasado como un refugio para regresar al pasado; al revés, este tipo de nostalgia se interpreta como un medio para hacer frente a las injusticias históricas percibidas y con ello para rehacer el presente. Así, las diferentes manifestaciones populistas contemporáneas pueden entenderse en relación con estas dos modalidades socio-históricas de nostalgia.

Ahora bien, cabe preguntarse cuáles son las dinámicas de difusión emocional —y por ende de construcción identitaria— que caracterizan la política contemporánea. Aquí he de mencionar, aunque solo sea brevemente, el rol de la digitalización del espacio público, y en particular modo el papel de las

redes sociales. No resulta novedoso afirmar que el ámbito de investigación sobre la transformación de la sociedad en la era digital ha sido protagonista de un desarrollo espectacular en los últimos años, y sus resultados científicos han abarcado todas las ramas de las ciencias sociales y humanas, con un alcance geográfico global. La irrupción de las nuevas tecnologías de información, es sabido, ha caracterizado el pasaje de milenio y ha traído consigo importantes consecuencias sociales y políticas. La “sociedad red” que Castells (1996, 2008) describe y de alguna manera anticipa, representaría, en este sentido, la última gran transformación —mejor dicho, revolución— de nuestra manera de relacionarse socialmente, de informarnos, y en última instancia, de interpretar y dotar de sentido al mundo.

La “era de la información” (Webster, 2006) y en especial modo Internet y las redes sociales han traído profundas consecuencias políticas. Tan es así que la comunicación en red no solamente otorgaría a cada individuo la capacidad de comunicarse directamente con los demás individuos, sino que lo novedoso sería el rol de protagonista que las nuevas tecnologías ofrecerían a cada usuario para la creación y difusión de contenido, y con ello la posibilidad de influir directamente en la percepción y valoración de la realidad.

En esta línea, resulta evidente que la digitalización del debate público representa un terreno fértil para la difusión de todo tipo de contenido, ideas, valores y desde luego emociones. Se ha apuntado, con razón, que la digitalización del espacio público, así como la afectividad propia de la política contemporánea serían “fenómenos cuya comprensión se hace imprescindible para iluminar el proceso de cambio que están experimentando nuestras sociedades” (Maldonado, 2016a, p. 30). En este sentido, podemos afirmar que la relación entre populismo y emociones pasa por las lógicas del espacio digital. Los individuos, de alguna manera, encontrarían en las redes sociales un espacio para la activación de diferentes predisposiciones valorativa, cognitivas y emocionales que no se darían con la anterior relación vertical de los medios de comunicación tradicionales. Como bien ha apuntado Maldonado (2016b, pp. 179-184), ello se produciría por dos razones. En primera instancia, porque las redes sociales amplifican los diferentes estados de ánimo de los ciudadanos, más que proporcionar el contexto ideal para la deliberación racional. Las cajas de resonancia, o enjambres que caracterizan a la comunicación en las redes sociales, en este sentido, permitirían una creación de un estilo comunicativo nuevo, mayormente expresivo, por el que predominaría la inmediatez de lo visual, la velocidad y el ruido del *retweet*, y por el que se reforzarían ideas y sentimientos de los individuos y grupos afines, más que la reflexión argumentada (Vallespín y Martínez-Bascuñán, 2017).

Por otra parte, no hay formación política en la actualidad que no utilice los nuevos medios de comunicación para difundir ideas y afianzar

o ensanchar su base electoral. Es más, las comunicación directa a través de las redes sociales encajan perfectamente con otro eje del ideario populista, es decir el de una relación inmediata entre líderes y pueblo. En este sentido, numerosos estudios han señalado, entre otros caracteres del discurso populista en Internet, la presencia de una fuerte carga emocional (Bartlett et al, 2011; Engesser *et al.*, 2017; van Kessel y Castelein, 2016).

La ira de los ciudadanos enfadados con la clase política tradicional, o la nostalgia por un pasado perdido y anhelado estratégicamente por algunos políticos —entre otras numerosas formas expresivas— se moverían por las dinámicas digitales, vectores de difusión y amplificación de los horizontes emocionales que caracterizan en buena medida el corazón de la construcción del sentido político en nuestras sociedades.

Ahora bien, como se ha venido señalando, dependiendo de la declinación que estos vectores emocionales van asumiendo en los diferentes contextos históricos y geográficos, se determinan también la concreta significación de los ejes centrales del populismo, eso es, el significado de “pueblo” y el tipo y nivel de división antagónica de la sociedad en dos bloques contrapuestos.

#### 4. CONCLUSIÓN

Como primera conclusión provisional, podemos afirmar que la dimensión emocional propia de la política tiene un rol importante también en el fenómeno del populismo. Ninguna perspectiva analítica acerca del populismo puede desatender este horizonte fundamental de los asuntos políticos. Es más, independientemente de la perspectiva analítica que se adopte, el nexo entre emociones y populismo gira alrededor de los dos ejes claves de este fenómeno político: la idea de “pueblo” y la división antagónica de la sociedad en dos bloques contrapuestos. En este sentido, dependiendo de la declinación de los vectores emocionales, la relación entre fenómeno y discurso populista e instituciones y procesos democráticos se puede inclinar hacia dinámicas positivas o, al revés, negativas. O lo que es lo mismo, las emociones —en sus concretas manifestaciones, es decir, sentimientos de ira, de miedo, de indignación, de nostalgia, de humillación, etcétera— tienen también un valor normativo, pues determinan el horizonte del deber ser democrático.

Desde un punto de vista normativo, en este contexto, cabe preguntarse ¿cuáles son las consecuencias y las perspectivas del populismo en los sistemas democráticos de hoy? Y también ¿qué nos depara el futuro para las democracias europeas y occidentales? Dado que el populismo puede

aparecer en formas variadas y contradictorias, como se ha ilustrado aquí, es muy difícil, sino imposible, ofrecer una respuesta que sea generalizable a todas sus expresiones y formas. Una consecuencia evidente de la expansión populista es, tal vez, la introducción de un estilo de confrontación en la escena política, aunque este sea un rasgo intrínseco de la política misma.

Lo que a menudo se achaca al populismo es la simplificación excesiva, y la trivialización del debate público. Esto, quizás, es uno de los síntomas de estilo de confrontación. Y sin embargo, como tal, no es un elemento necesariamente intrínseco al populismo. De hecho, la argumentación pública tradicional parece estar dando paso a patrones de comunicación más expresivos y polarizados, ya no deliberativos o “razonados”. Sin embargo, no es menos cierto que ha pasado mucho tiempo desde que la política en su conjunto se entregó a la trivialización de un sector importante de los medios de comunicación (tanto tradicionales, como las redes sociales). El ruido a menudo opaca la fuerza de la argumentación. A pesar de ello, el impacto de las redes sociales es ambivalente y, como tal, debe ser juzgado. Sin embargo, son los aspectos “negativos” los que parecen tener un efecto más tangible al tratar de explicar el auge de las prácticas populistas.

Con lo cual, mientras la confrontación no tome una forma violenta, no puede considerarse dañina. De hecho, la vuelta la confrontación política podría ser un buen antídoto a los excesos de la apatía democrática alimentada por el consenso post-político —es decir la idea de que todos los partidos políticos son iguales, y que las ideologías y los programas políticos no tienen importancia.

En resumen, cualquier discusión sobre el populismo para la democracia liberal en nuestras sociedades occidentales tiene que pasar por un análisis de la lógica que subyace a sus dos ejes principales —la idea de “pueblo” y la división de la sociedad en dos bloques contrapuestos— y, como hemos venido diciendo, esta lógica tiene una componente emocional importante. Además, el debate sobre la ambigüedad del populismo —su naturaleza tanto positiva como negativa— puede ganar en calidad y profundidad en la medida en la que nos centremos en los horizontes abiertos por otros campos científicos que nos enseñan el rol central de las dinámicas emocionales en los asuntos políticos. La demonización *a priori* del populismo que ignora su contenido específico y su mensaje está condenada al fracaso. Criticando a los adversarios de “populistas” se corre el riesgo de ignorar a individuos y grupos que forjas sus identidades, sus preocupaciones, frustraciones, y necesidades políticas. Además, el uso excesivo del término, hace que las diferentes demandas sociales (conservadoras y progresistas), y las diferentes ofertas políticas (de derecha y de izquierda) se solapen de una manera acrítica. Lo cual, al producirse, simplifica la pluralidad de los

discursos políticos, y trivializa en última instancia también las diferencias contextuales, históricas y geográficas, de nuestras democracias liberales.

Con todo, centrarse en el nexo entre política, en su forma populista, y concretas dinámicas emocionales nos permite dar sentido al hecho de que el populismo es, por su naturaleza, un fenómeno que conlleva una promesa democratizadora y, a la vez, es susceptible a giros autoritarios.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barbalet, J. (1998). *Emotion, Social Theory, and Social Structure. A Macrosociological Approach*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bartlett, J., Birdwell, J., y Littler, M. (2011). *The new face of digital populism*. Londres: Demos.
- Ben-Ze'ev (2000). *The Subtlety of Emotions*. Massachusetts: The MIT Press.
- Boym, S. (2002). *Future of Nostalgia*. Londres: Basic.
- Calleja, E. G. (2002): Populismo. En *Diccionario político y social del siglo XIX español*, ed. Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes. Madrid: Alianza Editorial.
- Canovan, M. (1999). Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy, *Political Studies*, 47: pp. 2-16.
- Castells, M. (1996). *Information Age: Rise of the Network Society*, vol. 1. Malden: Wiley-Blackwell.
- Castells, M. (2008). *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza
- Clough, P. T. con Halley, J. (2007). *The Affective Turn. Theorizing the Social*. Durham y Londres: Duke University Press.
- Cossarini, P. (2014). Protests, emotions and democracy: theoretical insights from the Indignados movement. *Global Discourse*, 4(2-3), pp. 291-304.
- Cossarini, P., y Alonso, R. G. (2015). El papel de las emociones en la teoría democrática. Desafíos para un uso público de la razón en tiempos de populismo. *Revista de estudios políticos*, 168, pp. 291-315.
- Davou, B., y Demertzis, N. (2013). Feeling the Greek financial crisis. En Nicolas Demertzis, *Emotions in politics* (pp. 93-123). Londres: Palgrave Macmillan.
- De la Torre, C. (ed.) (2014). *The promise and perils of populism: Global perspectives*. University Press of Kentucky.
- Demertzis (ed.) (2013). *Emotions in Politics. The Affect Dimension in Political Tension*. Londres: Palgrave/ MacMillan.
- Demertzis, N. (2013). Introduction: Theorizing the Emotions-Politics Nexus. In: Nicolas Demertzis (ed.), *Emotions in Politics. The Affect Dimension in Political Tension* (pp. 1-16). Londres: Palgrave/ MacMillan.
- Engesser, S., Ernst, N., Esser, F., y Büchel, F. (2017). Populism and social media: How politicians spread a fragmented ideology. *Information, Communication, & Society*, 20(8), pp. 1109-1126.

- Fieschi, C. (2004). Introduction. *Journal of Political Ideologies* 9(3): 235-240.
- Finchelstein, F. (2017). *From fascism to populism in history*. Berkeley: University of California Press.
- Gamson, W.A. (1992). *Talking Politics*. Cambridge: Cambridge University Press
- Girardet, R. (1997). *Myths and Political Mythologies*. Iasi: European Institute.
- Goodwin, J., Jasper, J. M. y Polletta, F. (2000). The Return of the Repressed: The Fall and Rise of Emotions in Social Movement Theory. *Mobilization*, 5(1), pp. 66-83.
- Guiso, L., Herrera, H., Morelli, M. y Sonno, T. (2017). *The spread of populism in Western countries*. <https://voxeu.org/article/spread-populism-western-countries>.
- Izard, C. E. (1991). *The psychology of emotions*. Berlín: Springer Science & Business Media.
- Jasper J. M. (2011). Emotions and Social Movements: Twenty Years of Theory and Research. *Annual Review of Sociology*, 37: 14.1-14.19
- Katsambekis, G. (2016). Radical left populism in contemporary Greece: Syriza's trajectory from minoritarian opposition to power. *Constellations*, 23(3), pp. 391-403.
- Kenny, M. (2017). Back to the populist future?: understanding nostalgai in contemporary ideological discourse. *Journal of Political Ideologies*, 22:3, pp. 256-273, DOI:10.1080/13569317.2017.1346773
- Koziak, B. (2000). *Retrieving Political Emotion: Thumos, Aristotle, and Gender*. University Park: The Pennsylvania University Press.
- Laclau, E. (2005). *On populist reason*. Londres: Verso.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (1985). *Hegemony and Socialist Strategy*. Londres: Verso.
- Lyman, P. (2004) The Domestication of Anger The Use and Abuse of Anger in Politics. *European Journal of Social Theory*, 7 (2): pp. 133-147.
- Maldonado, M. A. (2016a). La digitalización de la conversación pública: redes sociales, afectividad política y democracia. *Revista de estudios políticos*, 173, pp. 27-54.
- Maldonado, M. A. (2016b). *La democracia sentimental: política y emociones en el siglo XXI*. La Coruña: Página Indómita.
- Magni, G. (2017). It's the emotions, Stupid! Anger about the economic crisis, low political efficacy, and support for populist parties. *Electoral Studies*, 50, pp. 91-102.
- Melucci, A. (1996). *Challenging Codes*. Cambridge/Nueva York: Cambridge University Press.
- Minogue, K. (1969). Populism as a Political Movement, en Ionescu, G. y Gellner, E. (eds.). *Populism. Its Meanings and National Characteristics* (pp. 197-211). Hertfordshire: The Garden City Press.
- Moffitt, B. (2016). *The global rise of populism: Performance, political style, and representation*. Stanford University Press.

- Mudde, C. (2004). The populist Zeitgeist. *Government and Opposition*, 39(4), pp. 542-563.
- Mudde, C. y Kaltwasser, R. C. (2017). *Populism: A Very Short Introduction*. Oxford: Oxford University Press.
- Nussbaum, M. (2004) *Hiding from Humanity: Disgust, Shame, and the Law*. Princeton: Princeton University Press.
- Rico, G., Guinjoan, M. y Anduiza, E. (2017). The Emotional Underpinnings of Populism: How Anger and Fear Affect Populist Attitudes. *Swiss Political Science Review*. Doi:10.1111/spsr.12261
- Robinson, E. (2016). Radical Nostalgia, Progressive Patriotism and Labour's 'English Problem'. *Political Studies Review*, 14(3): pp. 378-387.
- Rooduijn, M. (2014). The Nucleus of Populism: In Search of the Lowest Common Denominator. *Government and Opposition*, 49(4): 572-598. doi:10.1017/gov.2013.30
- Rosenwein, B. (2001). Writing without fear about early medieval emotions. *Early Medieval Europe*, 10(2): pp. 229-234.
- Schieman, S. (2006). Anger. En Stets, J. y Turner, J. (eds.), *Handbook of the Sociology of Emotions* (pp. 493-515). Nueva York: Springer.
- Solomon, R. C. (1993) *The Passions. Emotions and the Meaning of Life*. Indianapolis: Hackett.
- Stavrakakis, Y., Andreadis, I. y Katsambekis, G. (2016). A new populism index at work: Identifying populist candidates and parties in the contemporary Greek context. *European Politics and Society*, DOI: 10.1080.23745118.2016.1261434.
- Stavrakakis, Y. y Katsambekis, G. (2014) Left-wing Populism in the European Periphery: The Case of SYRIZA, *Journal of Political Ideologies*, 19 (2), pp. 119-142.
- Taggart, P. (2000). *Populism*. Buckingham: Open University Press.
- Thoits, P. A. (1989). The Sociology of Emotions. *Annual Review of Sociology*, 15: 317-42.
- Turner, J. H. y Stets, J. E. (2005). *The Sociology of Emotions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tarchi, M. (2016). Populism: ideology, political style, mentality? *Czech Journal of Political Science*, 23, pp. 95-109.
- Thompson, S. y Hogget, P. (eds.) (2012). *Politics and the Emotions. The Affective Turn in Contemporary Political Studies*. Nueva York, Londres: Continuum International Publishing Group.
- Vallespín, F. y Martínez-Bascuñán, M. (2017). *Populismos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Van Kessel, S. y Castelein, R. (2016). Shifting the blame: Populist politicians' use of Twitter as a tool of opposition. *Journal of Contemporary European Research*, 12(2), pp. 594-614.
- Wester (2006). *Theories of the Information Society*. Londres y Nueva York: Routledge.